

que tenia todo el cuerpo pintado, ásele del brazo, condúcele ante su marido y añade impeliéndole hácia él :

— ¡ Ahí está !

Al verle, no puede el Sr. Grandjean contener un grito de espanto. Retrocede como si hubiera visto un espectro. Echase de ver su despecho. No obstante, venciendo su repugnancia, habla á Miguel que no le comprende ; le acaricia y se empeña en persuadir á él y á su madre á que se vayan con él á América. ; Pues bien ! ved á qué grado de embrutecimiento nos puede conducir una existencia de salvajes. Todo lo desconocieron, ambos desoyeron la voz de la naturaleza y de la sangre ; ni Carolina ni Miguel quisieron consentir jamas en salir de su isla. Y sin embargo ; ¿ qué brazos eran los que se les abrian ? los de un padre, los de un esposo. Causa espanto sin duda confesarlo, y nada es mas cierto.

## DOS PANECITOS.

Jorge tenia diez años ; era bueno, fiel. Tan luego como su madre le decia ó le mandaba algo, con toda prontitud la obedecia. Pero era tan vivo, tan irreflexivo, que con frecuencia sucedia que hiciese mal sin intencion dañada. Pero la irreflecion y el aturdimiento, aun cuando son menos censurables que la maldad, no son sin embargo disculpables, porque algunas veces producen efectos no menos nocivos.

La madre de Jorge mantenía con sumo trabajo á sus hijos. Habiendo enviudado poco tiempo hacia, para poder criar á su reducida familia habia tenido que agotar todos sus recursos. Una enfermedad de algunos dias que tuvo, no habiéndola permitido trabajar, acabó de arruinarla.

Jorge era el mayor de sus hijos ; entendido y sencillo, ya comprendia á su edad la triste posicion de su familia, y no pudiendo mejorarla, poníase algunas veces á hacer magníficos proyectos sobre su porvenir por medio de los cuales contribuiría á cubrir sus necesidades cuando fuese grande ; queria ganar mucho dinero y no reservarse para sí sino la satisfaccion que le resultaria de ponerlo todo en manos de su madre. Estos sueños que solemos hacer, estando despiertos cuando somos niños, son vanos ; porque es necesario que no creamos que basta con la fuerza y

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MEXICO.

Dos panecillos.



Rafael y Vilá, editores.

Litog. de Decaen.

¡Ay! dijo el muchacho redoblando su lloro, ¿ á donde iré ? Me han despedido.

la edad para que nuestros deseos se cumplan. ; Ay! cada época de nuestra vida tiene sus pesares y sus deseos. Nadie debe pensar en lo que no tiene, sino que debe procurar sacar partido de lo que posee, y luego dejar el porvenir al cuidado del Sér Supremo.

Jorge, pues, abandonándose á los estravíos de su mente, ocupaba todos sus momentos de libertad en pensar en sus lindos planes. Algunas veces figurábasele que se habia de convertir en un gran artesano ; ganaba 5 francos diarios, y estos 5 francos que le parecian un gran caudal, (porque jamás veía en su casa otro tanto), á su madre los entregaba. Otras veces imaginábase que se encontraba una talega ; ; oh ! entonces luego luego iba á comprar con este dinero todo aquello que á su parecer habia de agradar á su pobre madre ; vestíala de nuevo, poníala muy linda, y parecíale que de este modo habíala de tener todavía mas cariño ; luego acalorábasele la imaginacion hasta el punto de parecerle ya que la veía adornada con sus lujosos atavíos, y saltaba de gozo. Y si en estos momentos de locura, acontecia que le viniese á llamar su madre, ó le mandase algo, distraido con la preocupacion que le dominaba salia como de un profundo sueño, no escuchaba sino á medias lo que se le decia, y hacia al revés cuanto le habian mandado que hiciese. Sin embargo, Jorge no creia delinquir con esto, sus ratos de ocio eran muy suyos ; empleabalos en cavilar en vez de pasarlos jugando. Segun él, ¿ qué mal habia en esto ?

¿ Qué mal ? El de dejar que tomase su imaginacion demasiado imperio, el de no sujetar sus pensamientos á la razon que nos debe siempre servir de guia, porque si una sola de nuestras facultades se sustrae de su imperio, esta facultad estraviada nos conduce al mal tarde ó temprano.

; Ay ! esto fué lo que sucedió á Jorge, á pesar de que era por otra parte un niño tan bueno y excelente.

Una noche que la pobre viuda, mas cansada que de ordinario, se habia estado acostada sin querer tomar nada en todo el dia, Jorge, teniendo que salir á un asunto que se le encargara, pensaba tristemente en su madre ; olvidábase que no habia cenado y que acaso no cenaria porque aquella noche nada habia en casa, y volvíase muy triste y muy desalentado, cuando al dar vuelta á una calle vió puesta sobre un guarda-canton una cesta de panadero llena de panecitos acabados de sacar del horno. El mozo de tahona, á quien se habia confiado aquellos panecitos para que los repartiese, divertíase en ver á varios chicos que estaban jugando con unos cuartos. Detúvose Jorge maquinalmente delante de la cesta ; desde el mediodia no habia comido, y aquellos panecitos dorados

eran para él, pobre niño, lo que son para vosotros, amiguitos míos, los sabrosos bizcochos que elegís en la bizcochería cuando á ella se os conduce. ¡Cuánto los admiraba Jorge! pero ni por un momento tuvo la intencion de tomar ninguno. Arrojó un profundo suspiro, y para distraerse acercóse también á ver á lo que estaban jugando los chicos.

El mozo de tahona, acordándose de lo que tenia que hacer, no tardó en volver á donde habia dejado su cesta; levantóla con ligereza, púsose-la en la cabeza, y queriendo resarcir el tiempo perdido, comenzó á caminar muy aprisa. Al ir corriendo cayerónsele dos panecitos; no los echó de ver, y prosiguió adelante. Jorge, que seguia con los ojos aquellos sabrosos panes, que se le huían, creyó ver de lejos, caer algunos: aceleró el paso para cerciorarse, en tanto que corria cada vez mas el mozo de tahona. Jorge, llegado que hubo á donde los panecitos estaban caidos, levantólos; ya no veía al panaderito porque habia dado vuelta á una esquina; corre tras él, llámale una vez, dos, nada; iba á procurar alcanzarle para darle sus panes, cuando le pasó por la mente la idea de su pobre madre doliente; nada habia comido en todo el dia..... ¡Pobre madre!.... ¡el pan que quedaba era tan duro!.... ¡quedaba tan poco!.... ¡acaso se habria privado de él por dejarlo á sus hijos!.... ¡le sabrian tan bien aquellos panecitos!.... Diríala que se los habia encontrado; y en efecto, ¿no los habia recojido del suelo? Acostumbrado á entregarse á los sueños de su imaginacion, no pensó ya Jorge sino en el gusto que tendria su madre si la llevaba aquellos panes tan tostados; ya la veía sonreírse cuando se los presentase; oíala darle las gracias, y engolfado en estas ideas, púsose á caminar llevándose con mucho tiento los dos panes. Pero á poco disminuyó el paso; comenzaba, demasiado tarde, á acordarse de que aquellos dos panes no eran suyos, y de que iba á cometer una falta conservándolos. Entonces abrió tamaños ojos, corrió inmediatamente en pos del mozo, y llamóle para restituirselos; pero estaba éste ya muy lejos, y nuestro chico no le conocia. Vióse, pues, Jorge en la necesidad de quedarse con los dos panes; entonces echó de ver que habia hecho mal, y acosóle el remordimiento, porque era un buen chico este Jorge. Su imaginacion le habia estraviado; no se habia acostumbrado desde la infancia á dominarla como lo hiciera con sus demas necesidades. A la menor sensacion que experimentaba, siempre se le sobreponia, y le estraviaba el juicio.

Cuando hubo regresado á su casa, entró muy quedo; la felicidad habia vuelto á morar en ella. Sor Marta, hermana de la caridad, habia venido á consolar á la parienta, y á traerla algunos comestibles; sus hermanos habian cenado.... Su madre habia tomado un caldo sustancioso. Ocul-

tó Jorge maquinalmente sus panes; avergonzábale de su falta; dábale empacho su vergüenza, y sobre todo, se preocupaba á causa de sus hermanos á quienes tanto amaba. Tenerles escondidos los dos panes, era para él difícil empresa; decidióse á esto, por fin; acostóse luego, pero le costó trabajo dormirse, porque toda la noche no hizo mas que preguntarse qué haria el dia siguiente, si confesaria su falta á su madre, ó si se la ocultaria. Decirla que se habia encontrado aquellos panecitos, habria sido engañarla, y Jorge no era dado á mentir. En presencia de su madre no le habria sido posible sostener semejante impostura; mejor era, en su sentir, no decir nada: y el dia siguiente, antes de que se hubiese nadie levantado, aquellos panes que le habian causado ya tantos disgustos, los arrojaria ó se los comeria.

¡Cuántas penas nos atrae la mas leve falta, hijos míos! Hasta muy tarde no pudo Jorge conciliar el sueño, y todavía le era necesario estar en espera de que comenzase á rayar el dia, levantarse á tomar los panecitos, irselos á comer fuera, y despues volverse á acostar para que nada sospechase su madre. ¡Con qué zozobra iba á comérselos á escondidas, para que nadie le sorprendiese, y cuánto gusto les habria tomado si verdaderamente se los hubiesen dado, y hubiese podido comérselos á vista de todos!

Todo el dia siguiente pasólo Jorge inquieto y desazonado; producía en él su error el efecto del remordimiento, porque no le era dable repararlo.

En la noche separóse de sus hermanas y de sus hermanos; no se concentraba ya en ellos su pensamiento; era criminal..... Por lo comun nuestros errores nos aislan. Salió y se paseó hasta el anochecer, solitario y triste.

Volvió á su casa, é iba á entrar á ella, cuando oyó llorar á un pobre chico que estaba sentado sobre un guarda-canton de la calle. Dirijióse á él.

—¿Qué teneis, le dijo; os habeis lastimado?

—No, contestó el chico; seguia llorando.

—¿Os han golpeado? prosiguió Jorge.

Continuaba llorando el chico, y guardaba silencio.

—¿Quereis que os vengue si os han golpeado, si os han quitado algo; haré de modo que os lo restituyan? ¿Decidme quién?.....

Y al decir esto tomaba Jorge un continente muy marcial.

—¡Oh no! dijo al cabo el niño; no, no es eso.

—Pues bien, ¿qué teneis? Ya es tarde; ¿quereis que os conduzca á vuestra casa?

—¡Ay de mí! exclamó el niño, redoblando su llanto..... ¿Dónde iré?..... ; Me han despedido!

—¡Despedido! Repuso con viveza Jorge. ¿Quién ha hecho eso? ¿Vuestra madre? ¿Qué habeis hecho? ¿No habeis robado? ¿Es verdad que no habeis robado?

—¡Oh! no, no; os lo aseguro..... Dicen..... pero soy inocente..... Sí, lo soy; bien lo sabe Dios..... ; Oh Dios mio! parezco ladrón..... ; y me han despedido!

—Contadme cómo ha estado eso. ¿Qué es, pues, lo que habeis hecho?

—Nada he hecho, nada.....

—¡Pero vamos!

—Me dieron á cargar veinte panes; cuando llegué no habia mas que diez y ocho..... dicen que soy yo.....

—¡Cómo! tartamudeó Jorge aterrado; ¿quién?

—¡Vamos! ¿Quién, preguntais, contestó de mal humor el chico; no comprendéis? Los panes que faltan importan seis sueldos, y como me he detenido á ver jugar, dicen que me he robado esos seis sueldos que faltan en la cuenta del dinero que debia recibir por el pan, y que los he jugado; como no he podido restituir esos seis sueldos, me han despedido esta noche, y delante de todos mis camaradas. ; Oh Dios mio! ¿Dónde iré?..... ; Qué desgraciado soy!..... Yo no he tomado ningunos panes. No habia mas que diez y ocho, supuesto que diez y ocho solo me pagaron.

Jorge, agitado, trémulo, sentia la cabeza hecha un fuego. ¿Qué haria? ¿Qué diria? El chico mozo de tahona se arrancaba el pelo, y su desesperacion iba en mayor y mayor aumento.

En fin, Jorge, no dando oido mas que á su corazon y á su arrepentimiento, le salta al cuello.

—Venid conmigo, dijole; todo lo puedo remediar yo: venid, yo puedo explicaros lo acaecido.

El niño se resiste, pero Jorge le lleva consigo, inspirándole ánimo.

Llegaron á la casa del panadero; una de las puertas de su tienda estaba ya cerrada.

—¡Abrid! dijo con prontitud Jorge: ; abrid! Aquí os conduzco vuestro mozo; le habeis acusado injustamente; no ha delinquido.

—¿Quién lo prueba? preguntó el panadero.

—Que devuelva los seis sueldos, dijeron los demas mozos de tahona que atraídos por el rumor, habian salido de la trastienda.

—¡Bah! dijo la muger del panadero; es un goloso que los habrá gastado en golosinas.

—O que los habrá jugado como un bribon que es.

—No, no, todo eso es falso, interrumpió Jorge con vehemencia..... Escuchadme, yo solo soy el delincuente.

Y refiriendo con calor el caso, esforzóse en disculpar al desdichado chico y en conseguir que se le perdonase. Pero el panadero, que estaba predispuesto, nada quiso escuchar; trató á los dos chicos de bribones y les puso en la calle.

Jorge, viendo tan cruelmente frustrada su esperanza, comprendió entonces todo el mal que habia ocasionado á su pequeño compañero y la imposibilidad en que se hallaba de remediarlo. No queriendo, sin embargo, abandonarle en aquel estado:

—Ven conmigo, dijole, ven y participarás de mi suerte. Ven....

Y dicho esto subió con él al domicilio de su madre.

Aquella pobre madre comenzaba á tener graves temores por la tardanza de su hijo; era muy noche y Jorge nunca volvia tan tarde. ¿Le habria sucedido alguna desgracia? Y aquella escelente muger, que todavia se hallaba enferma, acongojábbase. ; Cuántas funestas consecuencias producía este primer error de Jorge!

Lleno de vergüenza no se atrevió á abrazar á su madre.

—¡Madre mia! exclamó al entrar, ; perdon.....! ; auxiliadme.....! ; Soy muy desgraciado.....!

—¿Pues qué has hecho, Jorge? exclamó la madre espantada.

—Ved, dijo el niño sacando de detrás de la puerta al chico mozo de la tahona y presentándole; ved y juzgadme. Le he perdido, añadió; reprendedme porque soy en extremo delincuente, pero no le despidais por esta noche.

Entonces refirióla cuanto habia pasado, y concluyó diciéndola:

—¡Dejadle que duerma conmigo, ; madre mia! ; que pase aquí la noche! No permitais que sea mas desgraciado por mi causa. ; Oh madre, buena madre mia! os juro que jamas en lo venidero me dejaré dominar por mi mala cabeza; pero dejadme reparar el mal que he hecho.

Aquella buena madre accedió á lo que el chico la pedia, y conmovida por la franqueza de Jorge y de los buenos sentimientos que le animaban le perdonó, y el dia siguiente, seguida de los dos niños, se dirigió á la casa del panadero á solicitar el perdon del aprendiz, y obtúvolo.